

www.puntodelectura.com

**IGNACIO DEL VALLE**

# El tiempo de los emperadores extraños

punto de lectura



**Ignacio del Valle** nació en Oviedo, en 1971, y actualmente reside en Madrid. Ha publicado hasta la fecha cinco novelas con excelentes críticas: *Cómo el amor no transformó el mundo*, *El arte de matar dragones* (Premio Felipe Trigo), *El abrazo del boxeador* (Premio Asturias Joven), *De donde vienen las olas* (Premio Salvador García Aguilar) y *El tiempo de los emperadores extraños* (mención especial del Premio Dashiell Hammet 2007 y Premio Libros con Huella). Esta última novela se editará en Italia y Portugal, y próximamente se llevará al cine. Además, Ignacio del Valle cuenta con más de cuarenta premios de relato corto a nivel nacional. Colabora con relatos y artículos en diversos periódicos y revistas, entre ellos *El Comercio* y *El País*.

[www.ignaciodelvalle.es](http://www.ignaciodelvalle.es)

EL MARFIL DE LA TORRE  
El blog de Ignacio del Valle

[ignacio@ignaciodelvalle.es](mailto:ignacio@ignaciodelvalle.es)

IGNACIO DEL VALLE

El tiempo de los  
emperadores extraños

Título: El tiempo de los emperadores extraños

© 2006, Ignacio del Valle

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: octubre 2007, Punto de Lectura, S.L.

*Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)* [www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-2003-0

Depósito legal: B-41.341-2007

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Pdl

Fotografía de portada: © Horace Bristol / CORBIS / Cover

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A mi padre, que siempre ha estado.*



Algún día los hombres mirarán atrás y dirán que  
conmigo nació el siglo XX.

JACK EL DESTRIPIADOR, 1888



cuadro lo que mantenía su atención en suspenso, sino el hombre enterrado en el hielo hasta el torso que se hallaba pegado a una de ellas. El sargento Espinosa se adelantó y fue esquivando en zigzag cabezas equinas hasta quedar a la altura del cuerpo. Hasta ese momento habían utilizado las cabezas como improvisados asientos donde tomar la comida del día, y sólo cuando se levantó la niebla que, como un muro, les venía acompañando desde por la mañana, pudo el sargento descubrir al hombre. Se agachó con dificultad y observó su uniforme y el rostro helado. A continuación limpió la escarcha de las mangas y comprobó en la izquierda el águila del emblema nacional alemán y en la derecha el distintivo con los colores rojo y gualda y la leyenda «España». El muerto pertenecía a su división, pero su cara no le sonaba. Claro que no resultaba extraño: había más de dieciocho mil que recordar. Cuando dio por concluido su examen, se irguió de nuevo y contempló Rusia, su cielo abovedado por la grisalla, su tierra inmensa y blanca, sin puntos de fuga ni dominantes. Experimentó un ligero mareo y buscó entre las hileras de abedules que respuntaban las márgenes del río, hasta fijar la vista en las cúpulas tornasoladas del monasterio ortodoxo de Molewo. La tradición contaba que en él, una noche, un monje que hacía la ronda se había encontrado a Dios sentado en un oscuro rincón; de inmediato, el monje se había echado de bruces al suelo y exclamado qué hacía su señor Dios allí. Y Dios le respondió, pero no con voz de trueno, sino con voz apagada: «Estoy cansado, pope, muy cansado». El sargento Espinosa siempre se sentía reconfortado por aquella imagen rayana en la herejía. Se le antojaba un dios como

debía ser: humano. Murmuró una rápida súplica de descargo y a continuación se dio la vuelta y llamó con un gesto a uno de los soldados. Éste se colocó el fusil en bandolera y copió el recorrido de su superior, resbalando en algunos trechos.

—Ya ve —le dijo el sargento resignado cuando se cuadró ante él, como si fuera lo más normal del mundo encontrar aquello en aquel lugar—. ¿Le reconoce?

El soldado se agachó y observó el rostro glacial del cadáver. Su máscara mortuoria, formada por una capa irregular de escarcha, le recordó a los habitantes de Pompeya mineralizados por la lluvia de cenizas del Vesubio. El somero vistazo le hizo llegar a la misma conclusión que su sargento.

—Creo que es de los nuestros, mi sargento.

—Acaba de descubrir usted la pólvora —respondió el sargento Espinosa con la mala leche que le caracterizaba—. ¿Y cree usted que también habrá que tomarle el pulso?

El soldado mantuvo un respetuoso silencio, avisado de la perpetua alianza de su superior con una úlcera de estómago. El sargento Espinosa, un voluntario que en la vida civil era ayudante de la cátedra de Química de la Universidad de Madrid, y en la vida militar era igual de precavido, masculló un «esto es muy raro» y, ante lo irregular del caso, aplicó las nociones que tenía sobre la rutina en las investigaciones y organizó con rapidez los pasos a seguir.

—Lo primero de todo, usted se queda aquí.

A continuación, el sargento Espinosa paseó su mirada por el resto de los hombres, consciente de la fascinación que produce un accidente mortal, aun en unos

individuos acostumbrados a la muerte. Antes de que hablara, el soldado leyó las órdenes en sus ojos.

—Y lo segundo, éstos que no se acerquen.

—A sus órdenes, mi sargento.

—Ahora voy a avisar por radio al teniente.

El soldado observó cómo el sargento se acercaba al grupo que, a juzgar por su inquieto movimiento coral, mostraba un inusual nerviosismo, acentuado tanto por hallarse en zona desgarnecida como por el cercano fragor de la artillería soviética, y le explicaba someramente los hechos. El soldado también se removió inquieto; aún tenían muy reciente la ofensiva rusa sobre el lago Ladoga que había aniquilado casi por completo un batallón del 269. Acto seguido, se humedeció los labios agrietados, apoyó sobre el hielo la culata del máuser, se metió una mano en el bolso del uniforme para sobar la rugosa carne de una naranja y estudió de nuevo al muerto en su blanco mausoleo a medida. Mientras lo hacía, y a pesar de que habían elegido las horas cercanas al mediodía, siempre menos frías, calculó que el mercurio debía de andar unos treinta grados por debajo del cero. Se le vino a la mente otra imagen: Dante, el último círculo de su infierno, y su formidable Lucifer enterrado hasta la cintura en otro lago de hielo. Se preguntó si aquel desgraciado se encontraría también allí; en todo caso, sería de envidiar, al menos estaría caliente. Sacó brevemente la naranja y su nota de color brilló como un espejo; volvió a guardarla y siguió palpando. Mientras lo hacía, su instinto, afinado en el frente, se sintió atraído por el poderoso campo de fuerza de un mínimo detalle: el muerto no sonreía. Lo habitual cuando se producía una congelación —y por desgracia no

era la primera ni la última que vería— era que el frío tensara los músculos risorios de tal manera que proporcionaba al cadáver una macabra sonrisa. Su pensamiento, al igual que el recorrido que se había visto obligado a trazar entre las cabezas de caballo, comenzó a bandear de un lado a otro, considerando el hecho desde todos los ángulos posibles. Posó el máuser y terminó por acercarse más al muerto, contradiciendo la prohibición de su superior. Hurgó en el cuello en busca de la chapa de identificación, «la chapa de la muerte», lo que provocó que se desprendieran varias láminas de escarcha. Los ojos del soldado pasaron entonces de la inocencia a la perplejidad, y a continuación parecieron contemplar una explosión. Su corazón se movió a puñetazos. Levantó la vista y buscó al sargento Espinosa. Distinguió su figura alejándose por la pista de patinaje en que se había convertido el río Sslavianka, hacia los camiones aparcados en su orilla. Gritó con toda la fuerza de que fue capaz, pero el suboficial no alcanzaba a oírle. El soldado, tras sortear de nuevo el laberinto equino, comenzó a correr tras él ante la desconcertada sorpresa del grupo. Cuando logró alcanzarle, en el rostro ganchudo y seco del sargento fue dibujándose un rictus de aversión proporcional a la excelencia de las explicaciones que el soldado, entre pitido y pitido de un aliento agotado por la carrera, iba dándole. Regresaron apresuradamente hasta el cuerpo. El sargento Espinosa aplicó esta vez una curiosidad distante, casi académica. Su estómago ulcerado crujió de angustia y se hizo una señal de la cruz especialmente trabajada. En la garganta del cadáver se abría la sonrisa que debería haber estado en sus labios. Un tajo de oreja a oreja, oscuro, que había quedado

mimetizado por la nieve junto con la fina corbata de cristales de sangre que manchaba su pecho.

—Esto ha sido cosa de los ruskis —dictaminó.

El soldado consideró que podría haber sido una explicación plausible; los soviéticos realizaban con frecuencia misiones de castigo; esquiadores que aparecían de noche por sorpresa, como fantasmas, envueltos en sus blancos blusones de camuflaje, deslizándose velozmente por el río, y cuando desaparecían dejaban tras de sí isbas incendiadas, búnkers volados, cadáveres... Pero negó con la cabeza.

—Igual no, mi sargento —le contradijo.

El sargento Espinosa le miró con unos ojos de piedra.

—Hombre, a lo mejor se ha cortado afeitándose, y luego ha salido a pasear por el río, y luego le ha cogido en medio la estampida, y luego se ha roto el hielo...

El soldado, inquieto, se arrebujó en el interior de su uniforme invernal en su obsesión por mantener los treinta y seis grados.

—No, no me entiende, mi sargento. Fíjese bien en la herida.

—¿Qué me quiere decir?

—Que desde cuándo los ruskis se preocupan por nuestra alma. Fíjese.

Espinosa siguió su consejo y concentró tanto su atención que su pensamiento fue casi visible. Esta vez observó al soldado con una extraña aleación de admiración y extrañeza. Bajo la garganta abierta, sobre una de las clavículas, había un detalle que se le había pasado por alto; unas mayúsculas pequeñas, grabadas a punta de cuchillo: «MIRA QUE TE MIRA DIOS». Pasó un viento rafagado y con

él los segundos. La idea se le escapaba como una pastilla de jabón, pero logró retenerla.

—¿Me habla de un asesinato?

—Yo sólo digo que esto es muy raro.

—¿Está seguro? —Espinosa afirmó interrogativamente.

—¿Seguro? Yo sólo estoy seguro de mis dudas, mi sargento.

El rostro conservado en vinagre de Espinosa se quedó un rato ausente.

—¿Quién sabe? Con la suerte que estamos teniendo en este maldito lugar... Y ya conocemos lo que viene después de la mala suerte...

—¿Qué viene, mi sargento?

—Una suerte aún peor.

El soldado disimuló una dolorida sonrisa; aunque fuese una persona difícil, no dejaba de valorar el negrísimo humor de su superior, porque el cinismo era la consecuencia, casi la obligación de las mentes lúcidas para sobrevivir.

—Hay que avisar al teniente —liquidó Espinosa—. Y a la policía militar. Y a los sanitarios. Y... —sostuvo un intervalo de duda—, y habrá que pedir también que nos manden al fotógrafo —concluyó.

Al mismo tiempo que tomó la decisión, comenzó a trapear; copos grandes, casi transparentes de nieve. Ambos se quedaron contemplando aquel paisaje concebido para hordas de gigantes, un lugar que anulaba cualquier existencia individual.

—¿Su nombre?

La pregunta del sargento, hecha de una manera inesperada, a bocajarro, sobresaltó al soldado.

—Arturo, mi sargento. Arturo Andrade.

Su voz fue tumbal, hueca.

—Arturo... ¿Usted cuántos hijos de puta cree que estarán naciendo en estos momentos?

El desconcierto de Arturo se elevó al cuadrado. Se entretuvo en las tonalidades verdes que relucían bajo el cristal del río.

—No sé, mi sargento.

—No sabe... Hay cosas que más vale no saber, ¿verdad, guripa?

## Reducción al infinito

El tajo de arriba abajo abrió en canal la panza del caballo suspendido del gancho, dejando al descubierto su teclado de costillas y vomitando una catarata de sangre y vísceras colgantes que estalló contra el suelo. A continuación, el matarife, ajustando el cuerpo del animal al esquema por secciones que tenía en la cabeza, se lo pensó un poco afilando un par de enormes cuchillos, como desafiándose a sí mismo, balanceó uno de ellos y no tardó en comenzar su desollamiento. A su alrededor, el personal de la compañía de Carnización se afanaba en trasladar las piezas de carne de los caballos ya cuarteados y eviscerados. Dos días antes, el servicio de Intendencia de la 250 División de Infantería de la Wehrmacht había dado parte de un incidente en una de las cuadras que tuvo como resultado la fuga de un grupo de caballos, y tras su consiguiente hallazgo en el Sslavianka, había cursado la orden de que efectivos de la compañía se trasladasen hasta allí para aprovechar la carne de los animales. Aunque no se realizaban sacrificios desde hacía meses debido a que las bajas temperaturas no permitían orear suficientemente la carne, siendo abastecidos entretanto por la intendencia alemana, el botín de calorías era demasiado goloso

como para abandonarlo en su gélido ataúd. El espeluznante hallazgo que allí habían hecho, no obstante las medidas que se habían tomado para que no trascendiese, era ya la comidilla de toda la División. Como había comentado un alférez: «Contra Radio Macuto no hay censura que valga».

El teniente veterinario que supervisaba la salubridad del proceso se disponía a dar el visto bueno a otro de los caballos, cuando entró en la sala con paso firme un cabo primero tan musculoso que andaba con los brazos separados, como si llevara cubos. Tras saludarle, le comunicó algo entregándole una orden firmada. El oficial asintió y frunciendo el entrecejo buscó entre el atareado personal. Le embargó un sentimiento de contrariedad. La capucha de las amplias camisolas blancas utilizadas para no manchar los uniformes no le permitía ver con claridad los rostros. Optó por lo más expeditivo.

—Arturo Andrade —dijo con un vozarrón.

Al no encontrar respuesta en ninguno de los rostros que se volvieron, repitió el nombre varias veces. Al cabo, uno de los hombres que estaban inclinados sobre un animal, advertido por los codazos de un compañero, se descubrió y se quedó mirando al teniente con aire ausente. Éste contempló a un individuo más alto que la media, de unos treinta y pico años, de rostro chupado, marcado por la viruela, ojos azulísimos y una apariencia de náufrago.

—¿Qué te pasa? ¿Estás atontolinado o qué? ¿No me has oído?

Arturo reaccionó usando los resortes de la costumbre y se cuadró ante el oficial.

—A sus órdenes, mi teniente.

—Tienes que presentarte en el cuartel general. Te vas con el cabo.

El aire extraviado de Arturo se transformó en auténtico pismo.

—¿El cuartel general?

El teniente asintió dando a entender que aquello ya había dejado de ser noticia. Le devolvió la orden al cabo y se volvió impaciente hacia un grupo que comenzaba a hacerse el longuis aprovechando la distracción de la visita.

—A ver, vosotros, que es para hoy.

Arturo pidió permiso para cambiarse de uniforme y recoger su arma y se fue tras el hercúleo cabo. Con su espalda como único horizonte, se preguntó cuál sería el motivo por el que le habían reclamado en el cuartel general. En su cabeza, montones de razones impidieron con sus gritos que se oyeran unas a otras, pero había dos que le inquietaban sobremanera: cierto asunto de trapicheo con tabaco y licores y su impulsiva curiosidad durante el episodio del río. Por cualquiera de ellas se hubiera sentido inquieto. Nunca sabes por qué te van a empapelar. En el exterior, bajo un legamoso cielo y rodeado por manchas de bosques, les recibió el paisaje nevado de Mestelewo, sede de la Intendencia, Sanidad y Municionamiento divisionario en el frente de Leningrado. La explanada cubierta de barracones, talleres, almacenes y búnkers, acotada por una vía férrea, se hallaba repleta por un pandemónium de soldados, caballos, piezas de artillería, camiones, tractores, ambulancias, remolques... El topónimo de Mestelewo lo tomaba prestado del pueblo original, un conjunto de isbas que se maltenían a lo largo de un camino, sobre un levísimo repliegue del terreno,

rodeadas por graneros, cobertizos vacíos, almiares afilados, pozas de pértiga y, no muy lejos, un molino negro, de madera, de grandes aspas desnudas. Una aldea que, como la mayoría en Rusia, daba fe de que nada había cambiado en aquellas tierras desde prácticamente el medioevo. Arturo tiritó un poco y respiró con precaución por la nariz; el olor era ozonado, eléctrico, no se trataba sólo de la nieve, sino más bien de su proceso físico, de su origen. El cabo había traído un Peugeot lleno de mataduras y rayones, procedente de las múltiples requisas en Bélgica y Francia, militarizadas y uniformadas con una pintura gris-verde, y le invitó a montarse en él. De camino hacia el vehículo, Arturo oyó un sonido metálico parecido al roce de una cadena culebreando tras un ancla que acabase de ser soltada. Sólo tuvo tiempo de girar la cabeza unos grados antes de recibir un fuerte golpe y encontrarse tendido en el suelo intentando zafarse de unos pavorosos colmillos. Todo sucedió muy rápido, tanto, que en el cerebro de Arturo se produjo el efecto contrario: se desarrolló con una lentitud de buzo. Milagrosamente, logró salvar su cuello de la embestida y se arrastró hacia atrás por la nieve con la fuerza del pánico, acosado por las dentelladas del enorme pastor alemán que, tras fallar su ataque, se ensañaba con el trozo de bota en el que había hecho presa. El cabo reaccionó con presteza y con un par de demolidoras patadas logró que el animal se retirara. Luego, cogiéndole por los sobacos, ayudó a Arturo a ponerse de pie, pero al apoyar éste el pie izquierdo un dolor le llenó de filos el tobillo. Agarrotado por el nerviosismo, con una fina película de sudor cubriendo su frente, volvió a entrar junto con el cabo en el interior del edificio. Antes

de quitarse la bota, Arturo ya se temía ver sus músculos al aire o, como poco, una rojez de carne torturada, pero tras el laborioso proceso de desabrocharse la bota descubrió con alivio que no era de esas heridas que pedía a gritos una infección. Magulladuras en dos o tres puntos y un susto capital. Nada grave. Esperó hasta que se le compuso el cuerpo.

—La bota no ha salido bien parada —apuntó el cabo.

—No se pierde mucho, ya las tenía muy viajadas.

—Igual tendríamos que ir al hospital.

—Descuide, mi cabo, ha sido más el susto. No me explico quién ha podido dejar suelta una bestia así.

Arturo se levantó todavía algo aturdido y fue palpando el suelo con el pie. Cuando estuvo seguro de poder soportar su peso, volvieron a salir. Buscó el casco que había perdido en el forcejeo, se tocó con él y se acercó al perro. Éste les aguardaba quieto, produciendo un gruñido constante, amenazador; su hocico ahusado dejaba ver las únicas razones que valían en su mundo y, en realidad, en cualquier mundo, pensó Arturo. Se midieron unos instantes; extrañamente, no podía sentir odio, porque aquel perro no era malo, ni siquiera bueno, sencillamente se limitaba a ser lo que era. El cabo optó por ver la parte medio llena de la botella.

—Un eslabón más y ahora estarías probándote el traje de pino.

Arturo se fijó en la cadena que había detenido en seco la carrera del perro, anclada en un perno encastrado en la nieve, y se cercioró de hallarse en una zona perimetral segura. En ese instante, doblando una esquina, apareció un soldado alemán, uno de esos que se movían como

si alguien tirara de sus hilos. En una mano llevaba un grueso papel de estraza con despojos de carne y huesos. Arturo se le acercó ceñudo y empuñando las palabras le interpeló en su lengua. Mantuvieron un acalorado enfrentamiento durante el cual el germano exhibió una actitud fría, autosuficiente. El cabo no hablaba alemán y se vio obligado a seguir la discusión de boca en boca, al igual que el perro. No entendió las palabras pero sí el sentido global, dándose cuenta de que hablaban cada vez en círculos más cerrados, y se decidió a intervenir. Se interpuso entre los dos y, haciendo uso de su mayor graduación, se dirigió al alemán; le habló lentamente, como si su cerebro no pudiera soportar demasiado tráfico intelectual, aunque siempre sonriendo.

—Hijodeputa, cabrón, mariconazo, gilipollas... Manta, que eres un manta... Me cago en todos tus muertos...

Estuvo perorando así un rato, mientras el *grenadier*; perplejo, iba respondiendo con un «*ja*» monocorde a cada una de sus barbaridades. Fue mano de santo. Cuando se le agotó el diccionario, acercó su cara a la del alemán justo hasta el límite donde se podía considerar ofensivo.

—¿Teto teto? —le preguntó cachazudo.

El alemán interpretó que ésa era la expresión española para corroborar algo.

—*Ja, ja, mein obergefreiter. Teto teto.*

—Vale, pues por detrás te la meto.

Con un ademán toreador levantó una montera imaginaria y la lanzó a sus espaldas, conminando a Arturo a seguirle. Éste a duras penas podía mantener un postizo de seriedad. El teutón se olió la chamusquina y, a pesar de haber cedido, le amagó a Arturo una embestida, lo que

le hizo dar un paso atrás. El alemán sostuvo el desafío con una sonrisa irónica, y luego palmeó al perro como si fuera un caballo de carreras que hubiese ganado un gran derby. El cabo ordenó a Arturo que hiciera caso omiso y le condujo hacia el coche.

—A estos mindundis no se les puede seguir la corriente —le aseguró—, son más cuadrados que una onza de chocolate. Y, coño —añadió admirativo—, si sabes alemán, ¿qué te ha dicho?

—Pues que lo van a poner aquí por los partisanos, parece que está entrenado y los huele a distancia.

—Y me da que también para cazar españolitos... Para ellos no somos más que unos guarros, poco menos que micos. Pero como me llamo Aparicio Tárrega que a mí no se me suben a la chepa.

Arturo recordó con deleite las constantes quejas de los germanos a causa de la relajación ibérica: guerreras desabrochadas, manos en los bolsillos, pitillos colgando de los labios... «Se puede sacar a un español de España, pero no a España de un español», pensó. El cabo se detuvo con un pie en el estribo del Peugeot.

—¿No te olvidas de algo?

—Sí, de calzarle una hostia —afirmó Arturo con el odio agolpado en sus ojos.

El cabo Aparicio sonrió.

—No, no es eso.

Arturo pulsó el teclado de su memoria. Negó con la cabeza y aguardó con expectación.

—Tu chopo de la guarda.

Arturo hizo un aspaviento reconociendo su torpeza y buscó el máuser que había perdido durante la lucha,

cuya estilizada forma destacaba en una hornacina de nieve. Fue a recogerlo y regresó al vehículo.

—Mira de hacerte sitio —le indicó el cabo señalando varias sacas de correos que ocupaban la mayoría del vehículo—. Teníamos un camión, pero se nos ha jorobado. Están a ver si lo componen.

Arturo encajó el cuerpo como pudo entre el correo que, por lo visto, el cabo se encargaba de transportar a la estafeta sita en el Estado Mayor. Al poco, las burradas que éste le había soltado al alemán sonaron a beatería en comparación con los juramentos que comenzó a proferir. El sonido torturado del arranque justificó su cabreo.

—¿Qué pasa? —se alarmó Arturo.

—¿Qué pasa? ¿Qué va a pasar? Que ya la hemos hecho. Que dejé encendido el motor y entre tanto follón se ha apagado. Y ya no carbura. Primero el camión y ahora esto...

Arturo no necesitó más explicaciones. Al igual que los hombres, los vehículos sufrían toda clase de congelaciones.

—La última vez tardamos cuatro horas para que *andara* —se lamentó el cabo—. A caballo de un burro vamos a tener que volver.

—Pruebe otra vez.

—Podemos estar hasta mañana.

Aun así, el cabo desplazó toda su esperanza al extremo de su brazo mientras trataba de resucitar el motor. Las repetidas tentativas no hacían más que volver sus rasgos más escarpados, hasta que terminó por dar un golpe en el volante. Todo el automóvil se sacudió bajo su solidez de roble al cuadrado.

—Se acabó. Éste no pita más.

—Inténtelo otra vez, cabo.

—Coño, que no tira y punto.

—Por favor —insistió Arturo.

El cabo le vigiló con cierto rencor y Arturo pudo contemplar al pormenor su cara, en la que destacaban unos ojos negros que titilaban de frío, la nariz grande, sólida como una quilla, y una cicatriz que suturaba su mejilla derecha y que sumada al resto de rasgos daba un conjunto a medio camino entre lo afable y lo brutal. Aparicio acabó por quitarse los guantes, como si el contacto directo pudiera imprimir mayor determinación a su gesto, y giró la llave. Inesperadamente, el motor se llenó a rebosar de vida; el sincopado petardeo fue lo más melódico que les pareció oír en mucho tiempo. El cabo aceleró en punto muerto como aclarando la voz del coche.

—Ya me dirás la receta —comentó risueño.

—Las ganas de no coger un trineo, mi cabo. Y antes de que se me olvide, muchas gracias por el capote de antes.

—La cosa no pasó a mayores. Y, antes de que se me olvide a mí también, ¿qué le pasa a uno por la cabeza cuando se le ven las barbas a San Pedro?

Arturo sonrió algo incómodo.

—¿De verdad quiere saberlo, mi cabo?

—Si no te da mucho reparo.

Arturo echó atrás la memoria y volvió a situarse en uno de esos instantes que dan acceso a la eternidad. El cabo observó su perfil con ojos inquisitivos. El silencio se dilataba.

—La muda —respondió con decisión forzada.

El rostro del cabo reflejó desorientación.

—¿La muda? —repetió.

—Sí, sólo podía pensar en ella. Hace una semana que no me la cambio y sólo podía pensar en que me la vieran sucia en el hospital.

«Hasta para morir se hay que ir cagado y meado.» El cabo, riéndose a carcajada suelta, soltó el freno de mano y enfiló hacia el cuartel general. Arturo limpió de vaho la ventanilla y se pegó a ella; lo último que contempló fue la alegría simple y salvaje del pastor alemán ante la comida que cada poco le lanzaba su dueño.

El viaje hasta Pokrovskaia habría discurrido sin contratiempos si no hubiera sido por la conducción del cabo. Éste manejaba el vehículo como un suicida, por una carretera helada y ocupada por un doble tráfico, civil y de guerra, aunque Arturo reconocía que jamás se le iba la mano. Mientras recorrían los cerca de tres kilómetros que les separaban del cuartel general —afortunadamente, el coche disponía de aparato de calefacción—, y ante la visión de la desolada grandeza del invierno desplegada sobre magníficos bosques y campos de nieve que se perdían de vista, Arturo no pudo quitarse de la cabeza que toda aquella belleza hipnótica, repetitiva, era una trampa; en realidad, toda Rusia era una inmensa trampa. Tras las victorias del III Reich sobre Polonia y Francia, resultaba evidente que no había ejército capaz de parar a la Wehrmacht, todo dependía del espacio que se tuviera para huir; los polacos habían retrocedido durante veinte días, los franceses tardaron un mes en estar contra la pared, pero

Alemania no había contado con el territorio infinito que los rusos tenían detrás. Desde que hacía casi dos años, en junio del 41, iniciara la invasión de la Unión Soviética, el país había ido mostrando sus cartas con la paciencia lenta pero irrevocable de un maestro, dejando a los alemanes penetrar con engañosa facilidad a través del Ejército Rojo, a la espera de que el invierno abriera los ojos. Y cuando lo hizo, todo empezó a crujir: los hombres, las máquinas, las estrategias, el valor... El paisaje blanco que en un principio les había parecido mullido, como empapado en leche, se había revelado como un infierno equivocado de color. Y, allí, entre el martillo ruso y el yunque de la Historia se encontraban ellos, la 250 División Hipomóvil, la División Azul. Tras aplastar países como se aplastan uvas, el rayo verdugo de Hitler había presionado a Franco para pagar la deuda moral contraída durante la guerra civil por la ayuda nazi. El Caudillo había demorado la intervención española alegando la lamentable situación en que se hallaba el país —Arturo había sumado dos y dos y creía que, como siempre, esperaba algo a cambio; en este caso sólo cabía una cosa: concesiones territoriales en el Marruecos francés—, hasta que, temeroso de quedar al margen del botín tras una más que previsible victoria del Eje, optó por un brocado político-militar; es decir, apenas un mes después de iniciarse la Operación Barbarroja, comenzó a enviar a Alemania los primeros trenes con los expedicionarios que conformarían la ayuda española. La jugada, reconocía Arturo, había resultado sutilísima: la División Azul, como la habían bautizado los periódicos nacionales por las camisas azules de los numerosos falangistas que la conformaban, era

oficialmente la DEV, División Española de Voluntarios, lo que la diferenciaba de una unidad regular de las Fuerzas Armadas, que podría ser interpretada por Rusia e Inglaterra como un acto de guerra, y al mismo tiempo mantenía a Franco enganchado al carro alemán sin comprometerse del todo. La llegada al cuartel general interrumpió sus reflexiones; una entrada a tal velocidad que todos se quedaron mirando atrás esperando que el mismísimo demonio apareciera persiguiéndoles.

El cuartel general de la División Azul, en Pokrovskaia, había sido durante el periodo zarista un pabellón de caza que, posteriormente, habían reconvertido en palacete. Se hallaba situado en medio de una llanura delimitada por un espeso bosque de abedul, pino y abeto, rodeado de una trinchera cavada en torno, y dirigía un sector lineal cubierto a la derecha por el regimiento 262, con su puesto de mando en Krasny Bor, por el 269 en el centro, con el suyo sito en Ssluzk, y por el 263 a la izquierda, con su puesto de mando en Puschkin. A su alrededor, tropes de soldados y vehículos que se movían enardecidos de un lado para otro; oficiales que salían con sus órdenes bajo el brazo y que tomaban de inmediato trineos hacia sus posiciones; enlaces dando gas a sus motocicletas mientras derrapaban peligrosamente en las salidas o montando en caballos, como si estuvieran en una película del Oeste. El avispero humano delataba la comprometida situación en que se hallaba el sector, hecho que el constante machaqueo de los cañones rusos no dejaba de testimoniar. Esquivando a un brigada que se desgañitaba

para poner orden y gritaba por igual a hombres, animales y máquinas, el cabo Aparicio le guió como pudo hasta las formas clásicas del atrio de acceso a la entrada y, siguiendo el procedimiento, salvó los controles accediendo a un amplio vestíbulo de arcadas y columnas. El cambio de temperatura resultó casi violento. El barullo nervioso que reinaba allí era una copia a escala del exterior: voces de mando, tonos explicativos, taconeos apresurados, metralleos dactilográficos... A pesar de ello, Arturo se sintió inexplicablemente tranquilo; aquel mundo geométrico, jerarquizado, le daba una ilusión de orden frente a los espacios ilimitados y amenazadoramente ilógicos que le esperaban fuera. Fiel a su costumbre de fijarse en todo, estudió el interior del palacete con propósitos mnemotécnicos: una gran escalera central que caía del primer piso como una catarata de mármol; una chimenea encendida, grande como la entrada del infierno; cabezas disecadas de aves, cornamentas y panoplias vacías colgadas de las paredes... No le dio tiempo a mucho más, ya que el cabo Aparicio encontró con rapidez a un capitán chupatintas que recogió su testigo burocrático, despidiéndose afablemente. Arturo le vio abrirse paso por el vestíbulo con su colosal envergadura, y resolvió que calcular lo que medía su espalda podía ser agotador para cualquier intelecto, así que se limitó a determinar su edad: aparentaba los veinte, pero no sabía a qué altura. Imaginó que en su casa lo llamarían con algún diminutivo, como sucede con las personas grandes, y que todo el mundo en su pueblo lo echaría de menos; sí, posiblemente fuera de esos tipos que merecen que se les eche de menos. Dilató sus fosas nasales y respiró con fuerza. El capitán le condujo por las

escaleras hasta el primer piso y, siguiendo un largo pasillo flanqueado por estatuas mitológicas de mármol, abarrotado de puertas y soldados, a lo largo del cual se distribuía el comedor de oficiales, el despacho del general y las secciones tercera y cuarta del Estado Mayor, llegaron a las habitaciones destinadas a esta última. Allí, el capitán le invitó a cambiarse en un tabuco contiguo al antedespacho del jefe. Arturo, nervioso por la incertidumbre, se deshizo con premura de su segunda piel invernal, del casco y del arma y, acomodándose la guerrera, se encasquetó una aerodinámica gorra. Cuando estuvo dispuesto, el chupatintas, con la sonrisa convencional y estúpida de quien ha recibido a muchos visitantes, le dio una sucinta explicación acerca de quién le esperaba y le invitó a seguirle. Abriéndole una puerta con exquisito cuidado, como si toda la vida se hubiera dedicado a la ciencia exacta de abrir puertas, introdujo a Arturo en un despacho donde la comodidad había cedido en prioridad a la funcionalidad. Tras una mesa de pino atestada de mapas y papeles, carpetas de gomas con más mapas y papeles, tazas de estaño llenas de café, a juzgar por el olor, y una aparatosa Biblia, se hallaba el teniente coronel Navajas del Río, jefe de la sección cuarta del Estado Mayor. A su alrededor, ocupando dos sillas a su derecha y una a su izquierda, había tres personas más. Arturo hizo un enérgico saludo entrechocando los talones y se sintió inmediatamente expuesto a un sistema de miradas y valoraciones. Mientras aguardaba que se dirigieran a él, echó otro apremiado vistazo para entretener la angustia. Distinguió una ventana que daba a un paisaje de postal navideña; los retratos en la pared del Caudillo y el Führer; una estufa grande; una máquina de escribir con caries —en concreto le

faltaba la letra «ñ»—, encima de una diminuta mesa escritorio; un archivador y, sobre él, en el tabique, un almanaque de esos con refranes o meditaciones bajo la fecha. 29 de enero de 1943. Arturo leyó la frase del día: «Muchos trucos conoce la zorra, pero el erizo uno decisivo». Finalmente, el teniente coronel basculó sus ojos entre la cuartilla que tenía entre las manos y Arturo, y los dejó clavados en él. Tenía un aspecto enteco, con un rostro cansado y maldormido, de barba cerrada, sin afeitado, que si se observaba con atención, casi podía verse crecer. Tras unas gafas montadas al aire, sus ojos eran dos puntos negros que parecían succionar toda la realidad circundante. Arturo buscó la forma de contrarrestar su mirada con un gesto seco.

—Salude, soldado —le espetó el jefe sin contemplaciones.

—Se presenta el soldado Arturo Andrade, del segundo grupo de Sacrificio, compañía de Carnización, servicio de Intendencia, mi teniente coronel —respondió con rigor enfatizado.

Navajas del Río asintió dando a entender la satisfacción que le producían los detalles de disciplina.

—Bien. La mayoría de los presentes en la habitación consideran que usted pinta aquí menos que un perro en misa —abarcó todo el despacho con un gesto—. Yo, sinceramente, creo que no; pienso que podría sernos de gran ayuda. ¿Usted qué opina?

—Depende de para qué, mi teniente coronel.

—¿No sabe con qué fin le he hecho venir?

—No, mi teniente coronel —mintió Arturo, encojiendo los hombros con elocuencia.

—¿No tiene ni un aire?

—No, mi teniente coronel.

—Ya —su expresión fue la de una paciencia razonable llevada a su punto límite—. Puede sentarse.

El capitán que le había conducido a la habitación, y que aún permanecía a sus espaldas, le acercó una silla; acto seguido, abandonó el despacho. Arturo se descubrió, tomó asiento con la espalda recta y las rodillas muy juntas, y coronó éstas con su gorra. Al fijarse en las tazas de estaño, por su mente circularon imágenes de granos de café tostándose muy, muy lentamente, removiéndose en un bombo como si fuera un premio de lotería.

—¿Le apetece un café?

—No, mi teniente coronel, muchas gracias —respondió con gran dolor de su corazón.

Navajas del Río aflojó la presión de sus ojos y se ahorrró más prolegómenos.

—Bien, ¿cree que podrá ayudarnos a dar con esa bestia?

—¿A qué se refiere?

—Creemos que el guripa que encontró en el río fue asesinado.

—Así que la cosa va en serio —Arturo sintió un alivio infinito al ver que no se trataba de sus trapicheos.

—Muy en serio. Y, a propósito, estoy al tanto de que fue gracias a usted que saltó la liebre.

—Se terció así. Si no hubiera sido yo, habría sido otro —argumentó Arturo sin falsa modestia.

—Ya, pero fue usted.

Arturo guardó silencio y constató por defecto que el sargento Espinosa no se había reservado la relativa gloria, sintiéndose en deuda con él.

—Pero, antes de continuar —prosiguió Navajas—, deberíamos convencer a estos señores de su pertinencia. Sé quién es usted, *teniente* Arturo Andrade.

La mención de su antigua graduación le tensó los músculos de la espalda como la cuerda de un arco.

—Ya veo, mi teniente coronel.

—Bien, siendo así espero me permita un breve resumen de su vida a los presentes. Por supuesto, y creo que hablo por todos, nada saldrá de aquí.

—A sus órdenes, mi teniente coronel.

Arturo adivinó que, aunque Navajas del Río se disculpase, en realidad todo era puro teatro. Lo más probable era que tuviese tomada ya la decisión de asignarle el trabajo. No obstante, Arturo presintió que era una especie de prueba. Adoptó una gravedad fría, relajada.

—Bien —Navajas del Río quiso hacerle creer que buscaba algo en una hoja—, me ahorraré los antecedentes...

—Pues son de lo más interesante, sobre todo los policiales —acotó con suavidad uno de los presentes; un tipo de respiración resollante, grande en todas direcciones, con una cabeza de trofeo africano.

Un chasquido de hojas ilustró el ligero cabreo de Navajas del Río, que tuvo una cualidad instantánea de apaciguamiento.

—¿Decía, comandante?

—Disculpe, mi teniente coronel.

Arturo encajó el desplante y comprendió el enojo del teniente coronel al ver desbaratada su escenificación. Notó una ligera corriente de antipatía entre ambos.

—Bien —rehiló Navajas del Río—, el ex teniente Arturo Andrade Malvido sirvió durante la guerra en la sección

de criptografía del SIPM. En ese capítulo su hoja de servicios no tiene lunares; es más, diría incluso que es brillante. Una vez terminada la guerra, se le asignaron diversas tareas en relación con las purgas de rojos. Domina el inglés y el alemán...

Navajas le miró como un compañero de baraja, pidiendo confirmación.

—Los datos son correctos, mi teniente coronel. Últimamente también he aprendido ruso y algo de estonio...

—Pues miel sobre hojuelas. Entremedias, seguro que recordarán la tabla que los rojos robaron del Prado durante su traslado —miró al segundo de los presentes, un oficial alemán, como disculpándolo de conocer el hecho—. Fue hace cuatro años. Tuvo mucho bombo en la prensa.

—*El arte de matar dragones.*

Quien había acotado el nombre de la tabla había sido el tercero de los presentes. Un capitán de la Guardia Civil con un color de piel ahumado, como de vieja bola de billar, y una de esas calvas delimitadas con franjas de pelos en las sienas y una especie de quiqui formado por los últimos vestigios de cabellos. Resultaba ser el único que conocía Arturo: era el jefe de la policía militar de la División y uno de los primeros que se había presentado en el río Sslavianka tras el aviso de Espinosa, encargándose con eficacia de los trámites previos al levantamiento del cadáver.

—Efectivamente —corroboró el teniente coronel—, así se llamaba. Pues bien, el ex teniente fue quien llevó a cabo con éxito la búsqueda y recuperación de la obra. Y llegados a este punto, se preguntarán: ¿qué hace un teniente a punto de ser ascendido por su contribución a nuestra Cruzada, tan lejos de la Patria y en un modesto pasar de clase?

Arturo aguantó la respiración. Sintió tres pares de ojos recorriéndole de arriba abajo, como curiosas lagartijas.

—Digamos que fue culpa de un asunto de faldas —continuó Navajas—. El problema es que nuestro hombre se llevó por delante todo lo que había que llevarse y hubo muertos. Los suficientes para pasar tres años en la cárcel hasta que el Caudillo tuvo a bien darle la oportunidad de redimirse y purgar sus culpas. Y qué mejor ocasión que aquí, dando la sangre por España en la destrucción del bolchevismo.

Sus palabras habían entrado en la mente de Arturo con la suavidad de una cornada. Echó los ojos hacia dentro recordándolo todo como una pesadilla. Nombres, rostros, hechos... Anna, Publio Medina... Román.

—¿Me da su permiso, mi teniente coronel? —tan-teó con cautela el comandante.

—Adelante.

—Usted tenía tuberculosis cuando entró en Porlier —objetó el comandante sacando a Arturo de sí mismo; al parecer, también él tenía sus fuentes de información.

—Será mejor que les presente —intentó mediar el teniente coronel Navajas; fue señalando alternativamente—: El comandante Reyes Zarauza, jefe de la Segunda, el capitán Joaquín Isart, de la gendarmería, y el capitán Wolfram Kehren, de la plana mayor de enlace alemana.

—Cuando entró estaba tísico —insistió el comandante Zarauza; la palabra, en sus labios, sonaba como un insulto.

—En efecto.

—Y creo que estaba mal.

—Estaba fastidiado, sí.

—Además, le habían condenado a muerte.

—Sí.

—Entonces, ¿cómo es que está aquí?

Arturo estuvo a punto de decir que de milagro.

—Pues precisamente porque estaba condenado.

A los sentenciados nos dejaban en paz y nos proporcionaban más cosas que al resto de presos. Pero lo que realmente me salvó fue que recibía una ración extra de comida. Estuve condenado dos años y pico hasta que me conmutaron la pena; lo suficiente para recuperarme.

—Sigo opinando que este guripa no es alguien pertinente —añadió resoplante.

—Cuando Napoleón elegía a sus generales, ¿saben lo que les preguntaba?

Inesperadamente, el alemán había abandonado su estólida frialdad; su español apenas estaba sedimentado por el hierro de su lengua nativa.

—No —terció el teniente coronel.

—Después de considerar su talento, su hoja de servicios, su actitud, lo que decidía la balanza a su favor era una sencilla pregunta: ¿tiene usted suerte? Este hombre tiene suerte, quizá nos convenga su ayuda.

—Al parecer tenemos un empate —certificó el teniente coronel Navajas—. Le ha tocado a usted romperlo, capitán —le propuso a Joaquín Isart.

Durante los siguientes segundos hubo un silencio en marcha, únicamente roto por el inquietante crujir de los cristales que recogían el turbión sonoro de la batería soviética y la contrabatería española.

—Yo lo que ustedes digan —resolvió sin comprometerse.

Arturo consideró las prebendas que le reportaría la misión y, viendo la tortilla en el aire, se propuso no dejar que cayera. Debía actuar con rapidez.

—Mi teniente coronel, estoy seguro de que podría serles de mucha utilidad. Y puedo demostrarlo.

—¿Y cómo estima hacerlo?

—Tengo... cierta habilidad para los detalles. Me sirvió bien en el asunto del Prado. Usted lee con frecuencia la Biblia, ¿me equivoco? —señaló el pesado ejemplar que reposaba sobre la mesa.

—No, no se equivoca.

—Y seguro que tiene párrafos preferidos, líneas que suele releer.

—Puede ser.

—¿Los subraya?

—No tengo costumbre.

—Mejor que mejor. Entonces seguro que se los sabe de memoria.

—Eso creo.

—Entonces, ¿me permite indicarle cuáles son?

El teniente coronel Navajas se tomó unos segundos buscándole el peligro a la pregunta y acto seguido le dio vía franca.

—¿Por qué no?

—¿Puedo? —apuntó de nuevo a la Biblia.

—Adelante.

—Esto no viene a cuento —intervino el comandante Zarauza con una mueca exasperada.

Arturo buscó una nueva validación en el teniente coronel, que la volvió a otorgar con un manotazo. Luego se levantó, agarró el libro y, colocándose de espaldas a todos,

cumplió un par de movimientos de los que sólo sus codos daban pistas. A continuación, se dio la vuelta; en sus manos sostenía la Biblia cerrada.

—Si los presentes se fían de la palabra del teniente coronel... —Arturo le entregó enfáticamente el libro, marcándole una página.

Navajas del Río acomodó el libro entre sus manos, se quitó las gafas y lo abrió por la hoja indicada. Leyó en silencio, entrecerrando un poco los ojos, y soltó un bufido de admiración. El teniente coronel cerró la Biblia y recitó el texto de memoria.

—«Yo estaba viendo a Lucifer, que caía del cielo como un rayo. Mirad, os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y autoridad contra toda la fuerza del enemigo, y nada podrá dañaros.» Lucas, capítulo diez, versículos diecinueve al veinte.

Arturo festejó su éxito con una muda sonrisa.

—Pura chiripa —impugnó el comandante.

Navajas del Río se disponía a replicar cuando un teléfono, oculto bajo unos cartapacios, empezó a dar secos timbrazos. El teniente coronel se pegó al auricular, se puso las gafas y respondió mediante estructuras mántricas; en el mismo lapso, con una pluma Conklin, anotaba cosas, encerraba palabras en círculos y trazaba flechas hacia fuera. Mientras permanecía en línea, Arturo tuvo tiempo de cuantificar las reacciones y acomodarse al latido del lugar. Empezó por lo único que le resultaba conocido, el capitán Joaquín Isart, pero estimó difícil juzgarle; ya en el río se había dado cuenta de que su rostro era hermético, elusivo, aunque estaba seguro de que no perdía comba. Pasó al capitán Wolfram Kehren; con un perfil seco,

recto, de caballo de ajedrez; de largo esqueleto, el cabello negro característico de los alemanes del sur, y ojos de acerada transparencia. Era quien más distante había permanecido, incluso físicamente, al situar su silla en el extrarradio de la reunión. Su mirada estaba fija en la camisa azul mahón que asomaba por encima del uniforme del comandante Reyes Zarauza, y en sus ojos se dibujaba un leve rictus de dentera. Arturo aventuró sus reflexiones y se decantó por la habitual irritación que producía en los envarados teutones la anarquía con que los españoles iban a la guerra, un desbarajuste producido por la mezcla de complementos y emblemas: Falange, SEU, Frente de Juventudes... con el uniforme reglamentario alemán. Continuó con su ilación, y el mismo objeto que se le habría atravesado al alemán le dio la clave para su siguiente premisa. Estudió al propietario de la camisa; el comandante Reyes Zarauza gastaba uno de esos bigotitos que parecían vender con la camisa azul, pelo abrigado hacia atrás, cara color ternera demasiado cocida y una barriga que le sobresalía como un monito abrazado a su madre. Aquella simple camisa podía ser la causa de la subterránea corriente de antipatía que circulaba entre el comandante y el teniente coronel. En el 41, cuando no hacía nada que se había decidido el envío de voluntarios al frente del Este, los banderines de enganche se habían erigido de inmediato como un nuevo episodio de la guerra secreta que mantenían los militares y la Falange. Franco, siguiendo con sus planes de ir apartando gradualmente del poder a los camisas azules, había impuesto al final sus condiciones en la recluta, dándole al Ejército el control del contingente. Pero la pugna continuaba en todas las esferas,

cierto es que cada vez menos virulenta, siendo el último capítulo el fulminante relevo del general de la División, Muñoz Grandes, un camisa vieja, por un pretoriano del régimen como Esteban-Infantes. Arturo se imaginaba lo quemados que debían de estar unos hombres que, a cambio del régimen de poetas y condotieros renacentistas que habían soñado implantar, se enfrentaban al simple gobierno de pícaros, patanes y meapilas. De hecho, la División Azul era la prueba palpable de su total desacuerdo: mientras para unos suponía la aplicación práctica de un frío malabarismo político, la manera perfecta de apaciguar al temible amigo alemán, para otros representaba una última llamarada de grandeza, una aventura estética y romántica mediante la que enfrentarse al materialismo marxista. Arturo, toda vez que había logrado una primera hipótesis global, la sopesó un momento y no le pareció desechable, aunque había partes del conjunto que no le casaban. Que le hubiera convocado el jefe de la sección cuarta, entre cuyas atribuciones se hallaba orden y policía, y en la reunión se encontrara el encargado de la gendarmería, era razonable; lo era incluso que se convocara al jefe del servicio de Información de la sección segunda; pero lo que no acababa de pasar por su razón era un oficial de enlace alemán. Las relaciones con los alemanes no eran todo lo óptimas que proclamaba la propaganda oficial, debido a las continuas injerencias de éstos en los asuntos internos de la División, y normalmente los trapos sucios se lavaban en casa. El chasquido del teléfono al ser colgado le arrancó de sus averiguaciones. El teniente coronel Navajas del Río le miró de una forma que le hizo sentir culpable de todo lo malo que había hecho, de lo

que no había hecho, y de lo que todavía no se le había ocurrido hacer. La estilográfica con la que había tomado notas rodó unos centímetros y goteó puntos de tinta sobre la lustrosa superficie de la mesa.

—Abreviemos —dijo tajante—, hay asuntos que esperan.

Abrió un cajón y sacó una cartera de cuero, entregándosela a Arturo.

—El muerto era el alférez Luis del Águila, sexta compañía del segundo batallón del 262. Ahí tiene toda la información que necesita sobre el finado.

Arturo abrió la cartera y comprobó que, acompañando a unas hojas mecanografiadas, estaban también las fotos que se habían tomado en el río Sslavianka.

—Hay que ponerle un cascabel a ese gato —apuntilló Navajas del Río—. El honor de la División así lo exige. Su Excelencia, el general Esteban-Infantes, desea estar informado en persona de nuestros logros. Confía en Dios y en nuestra pericia, y no vamos a defraudarle. Ahora mismo le firmaré una orden con instrucciones detalladas acerca de su misión. Para el resto de asuntos tiene a su disposición a la Segunda y a la gendarmería. Y quiero que me tenga informado regularmente. ¿Alguna pregunta?

Dudó unos segundos, pero la demanda fue imperiosa.

—No, pero le pediría un favor, mi teniente coronel.

—¿Y es?

—Necesitaré ayuda.

—¿Más? —se sorprendió el capitán Joaquín Isart.

Nuevamente, Arturo tuvo la dolorosa e inconfundible sensación de justificarse por hechos no cometidos;

no obstante, había sentido una irrazonable necesidad de contar con alguien de confianza.

—Sería trabajo de campo. Y estoy seguro de que tanto la Segunda como la gendarmería tienen ya suficiente trabajo.

El comentario resbaló sobre la cara del capitán Joaquín Isart. Ni siquiera volvió a irritar al comandante Zarauza, que se limitó a agarrarse la panza.

—¿Y en quién ha pensado? —se interesó el teniente coronel.

—El sargento Espinosa.

—¿Espinosa? ¿No fue él quien inició el operativo en el río?

—En efecto.

—Ya. Bueno, usted sabrá. Firmaré otra orden para él. Puede entregársela en persona.

El teniente coronel Navajas llamó al capitán que le hacía de secretario y le comunicó las instrucciones pertinentes. Éste mecanografió con rapidez las órdenes dictadas y se las pasó a la firma. Navajas del Río rubricó con decisión y, tras un último trazo, se las ofreció a Arturo. A continuación se quitó los anteojos de nuevo; sin ellos tenía una mirada menos fría.

—Ahí tiene. No hay más que hablar. Y la próxima vez me tendrá que explicar el truco —señaló la Biblia con el mentón.

Arturo sonrió y devolvió el saludo; cogió las hojas, las plegó limpiamente introduciéndolas en la cartera y se puso en pie. Acto seguido, se colocó la gorra y se cuadró con un firme chasquido de tacones. El resto de los presentes dividió sus afectos entre lo huraño, lo evasivo

y lo indiferente. Antes de darse la vuelta, tuvo un fugaz intercambio de miradas con el capitán Kehren. Luego, la puerta del despacho se abrió al instante, como si el ayudante hubiera estado todo el tiempo detrás de ella, escuchando.

Cuando salió del cuartel general, el cielo continuaba del color de las aceras. Sintió la quemadura del frío en los párpados, en los arcos superciliares, en la frente, en los huesos del pómulo, sufriendo un leve episodio de ansiedad, como si fuera de aquel mundo racional las fuerzas de lo imprevisible se apretaran como sogas en torno a su cuerpo. Pisó con fuerza la nieve, imponiéndose a sí mismo, se recolocó el máuser en el hombro y se aferró a la valija de cuero. Reflexionó sobre el inesperado regalo que había recibido de su jefe. Le hacía sentirse bien, aunque no del todo, porque sabía que todo regalo era terrible en sí mismo: siempre obligaba a una contraprestación. Permaneció así hasta que un camión entoldado, con soldados bamboleantes sentados en la trasera, le pasó repentinamente al bies, dándole un susto de muerte. El vehículo dejó el aire cargado de un humo negro, irrespirable, pero agradable en su calidez. Súbitamente, como un genio surgido del humazo, el cabo Aparicio se colocó frente a él, respingándole de nuevo:

—¿Le llevo?

Arturo, con su graduación restituida por la memoria del teniente coronel, sufrió un ataque de dignidad y a punto estuvo de mandar parar. Rectificó sobre la marcha.

—Sí, mi cabo. Muy agradecido.

En ese intervalo, un sol blando, sin fuerza, logró abrirse paso entre la cerrazón marmórea de nubes. El cabo Aparicio y Arturo se quedaron mirando el cielo en un remedo de los hombres épicos e imponentes que poblaban los carteles de la propaganda del Soviet. La nieve, hasta ese momento opaca, comenzó a destellar, como si alguien hubiera hecho una siembra de cientos de diminutos diamantes.

El Peugeot, tras otro rally de vuelta esquivando cocinas de campaña, trineos y correos en motocicleta, volvió a dejar a Arturo en el acantonamiento de Mestelewo. Se despidió del cabo Aparicio y fue a realizar las gestiones pertinentes en la Jefatura de Intendencia a fin de regularizar su nueva situación. Cuando recibió el visto bueno, comprobó la hora: eran cerca de las cuatro. El día se hallaba ya en esa frontera indefinible en que la luz comienza a sufrir una imperceptible mutación, únicamente captada por el espíritu, y que anunciaba su progresiva degradación. En Rusia los días eran así de cortos, y por ello Arturo no tenía tiempo que perder, disponiéndose a seguir la línea de acción que había planeado durante el viaje. Avivó el paso y en primer lugar se encaminó hacia el edificio de Carnización. Cuando llegó, se plantó frente al pastor alemán, que parecía haber intuido su regreso y le esperaba con las pezuñas clavadas en la nieve y unos brillos violentos y afilados en el morro. Arturo, con un hormigueo lejano en el tobillo, que perdonaba pero no olvidaba, se encaró con el perro. A continuación se puso en cuclillas y empezó a insultarle. Éste comenzó a dar vueltas como si estuviera cubierto de avispas, ladrándole,

y no tardó en salir disparado hacia su yugular. En su carrera, la cadena fue desenrollándose tras él con un escalofriante chasquido metálico. Arturo aguantó firme, aferrado a su valija, pero la amenaza dibujada en las fauces del animal, más concreta a medida que se acercaba, hizo que en su rostro aparecieran las primeras señales del miedo. Como había previsto, la cadena detuvo su carga en seco, haciéndole rebotar en el aire y derribándolo al suelo, justo en el borde del arco que marcaba la diferencia entre los vivos y los muertos. Sin embargo, Arturo se dio cuenta con un estremecimiento de que sus cálculos habían resultado demasiado ajustados, a juzgar por la babilla con que el pastor alemán había salpicado su rostro. El perro se retiró hasta la pared del barracón y permaneció temporalmente calibrando la incomprensible situación. Arturo volvió a increparle. La situación se repitió de nuevo, pero esta vez Arturo sintió cómo el miedo se disolvía en su garganta al igual que una pastilla de mentol y le invadía un placer perverso. Una y otra vez el animal respondió a sus provocaciones con un resultado idénticamente doloroso. Arturo sabía que aquel pastor alemán le odiaba, y también sabía que no había mayor castigo para cualquier ser, mejor forma de aniquilar su moral, que darle a su trabajo un carácter inútil, una carencia de sentido total. Cuando decidió que por ese día era suficiente, el perro se hallaba absolutamente exhausto, molido, cayéndose en el suelo sin siquiera fuerzas para ladrar cuando se dio la vuelta y se marchó.

El siguiente paso en sus planes le orientaba hacia el sargento Espinosa. Terminó por localizarle en los depósitos de Intendencia, cerca de unos trineos, supervisando

una labor de carga y descarga de víveres junto a un barracón adornado con una espectacular cabellera helada de estalactitas que colgaban del techado. Su figura, enfundada en un grueso abrigo de mutón, un gorro de piel y unas botas *balenki*, que indicaba que el sargento había comprendido con rapidez las ventajas de adoptar las usanzas rusas contra el frío, no se diferenciaba demasiado de los prisioneros embutidos en gruesos abrigos guateados y gorros de piel de cordero que ayudaban a acarrear unos enormes quesos del radio de soles. Cuando se presentó al sargento, éste le miró con aire de culpabilidad, como si le hubiera sorprendido pensando en algo prohibido, y Arturo se sintió incómodo porque, por primera vez desde que le conocía, le veía con la guardia bajada y una tristeza sin ironía, desamparada. Espinosa se apercibió de ello y se rehízo con una orden seca, cortante, conminándole a cuadrarse. Arturo se puso firme, llevándose con energía la mano al casco, y le entregó las órdenes firmadas por Navajas del Río mientras le explicaba la situación enarbolando la valija. Incluyó una versión rebajada de su escabroso pasado para que no hubiera ni preguntas ni malentendidos posteriores: le habló de la muerte de sus padres y de su marcha a Madrid, durante la guerra, para abrirse camino en el nuevo régimen, hasta llegar a teniente del servicio secreto; de su exitosa intervención en la búsqueda de *El arte de matar dragones*; de su pasión por una puta, Anna, y de su enfrentamiento con Román, el capitán con quien le traicionó, y del posterior baño de sangre que se produjo; de su estancia en la cárcel y de su enrolamiento en la División. Lo que se guardó de contar era que hasta entonces había creído en la moral, en el honor, en

todas esas virtudes de caballero que a un hombre le cuesta una vida alcanzar, y que a su instinto de conservación le había bastado un segundo para borrarlas, devolviéndole a un estado animal. Espinosa atendió imperturbable a la exposición, especialmente cuando estuvo salpicada por pausas y titubeos. Al final, se guardó su orden y se encogió de hombros de una manera curiosa; su parte derecha quiso decir: bueno, qué se le va a hacer; y la izquierda: y qué es la vida sin emociones, y hoy no hace demasiado frío, y no me duele la úlcera, y de momento seguimos vivos.

—¿Así que alguien no ha observado el quinto mandamiento? —resumió.

—Por lo visto...

—Y no han sido los ruskis.

—No, mi sargento.

Espinosa asintió, se protegió del viento que corría inclemente y, tomándose su tiempo, sacó una cajetilla de tabaco de Filipinas, salvavidas proveniente de los suministros regulares que llegaban desde España y con el que eludían los infectos cigarrillos de las raciones alemanas. Encendió uno cubriendo la punta con las manos en forma de bocina y lo disfrutó con deleite moroso, envolviéndose todo lo que pudo en el humo. Arturo le observó; el sargento tenía un rictus perpetuo de mala hostia y una nariz ganchuda que le daban un aire de ir disfrazado de águila, y no pudo menos que envidiar su perfil corvado y cabreado: su amor por el tabaco era tan profundo que, aunque no fueras fumador, te apetecía hacerte.

—¿Quiere? —le ofreció la cajetilla.

—No, muchas gracias, mi sargento.

—¿Y un caramelo? —Espinosa se metió una mano en el bolsillo del abrigo—. Dicen que los *doiches* les ponen vitaminas.

—También dicen que les ponen bromuro.

El sargento sonrió, aunque más que sonrisa, parecía una lesión de carácter permanente.

—Con este frío no se nos empalma ni aunque nos pongan a la Lili Marlén esa a cuatro patas. ¿Lo quiere o no?

—Sí, gracias, mi sargento.

Arturo cogió el caramelo y deslió el envoltorio. Lo chupó con fruición. Permanecieron así, hombro con hombro, cumpliendo puntualmente con uno de los deportes nacionales: mirar cómo trabajaban otros. Arturo apreció que los prisioneros laboraban con esa indiferencia o resignación característica de los rusos, como si todos sus antepasados prevalecieran sobre sus huesos, y éstos lo hubieran visto todo, incluso por ellos también.

—Mi bisabuelo y mi abuelo murieron de esto —comentó Espinosa de pasada, levantando el cigarrillo a medio consumir mientras expulsaba hilillos de humo por la nariz—. Mi padre también tenía el vicio y se planteó dejarlo. Al final lo vio claro.

—Dejó de fumar.

—No, qué va, vio claro que tenía que dejar de pensar en ello. Incluso cogió otro vicio más: la bebida. Sí, vicio que cogía, vicio que conservaba, el muy ganapán. Y claro, al final el cuerpo no aguanta. Con uno ya palbamos, imagínese con dos. Se quedó en los huesos; los gusanos tuvieron que comer mierda.

—¿Y hace mucho que murió?

—La tumba ya tiene musgo.

—Entonces ya hace.

Espinosa se parapetó tras una amarga sonrisa e incitó a los rusos a aplicarse más a la faena: «*Davai, Davai*». Arturo terminó el caramelo, dejando que su vista se perdiera en un cielo de plata oxidada. El sargento observó el perfil de Arturo.

—No le arriando la ganancia, *teniente* —enfaticó el grado sin mala leche, refiriéndose al encargo del cuartel general.

—Es lo que hay.

—¿Y se puede saber por qué me ha metido en este Cristo?

En ese instante, Espinosa perdió los nervios entre maldiciones porque se le acababa de apagar el cigarro; Arturo observó cómo lograba prender de nuevo su punta con infinito esfuerzo. En el ínterin, racionalizó el irrefrenable impulso que le había llevado a pedirle su ayuda al teniente coronel: si había que hacer algo, más valía hacerlo de una forma ordenada, minuciosa, y ésa era una virtud de la que él carecía, pero que un hombre como el sargento, acostumbrado a manipular drogas y medicamentos, debía de poseer en abundancia. Arturo podía mirar de manera inductiva, con la imaginación, viendo el enano bajo la roca, pero previamente necesitaba dar con la piedra, y ahí entraba la mirada deductiva de Espinosa. No obstante, se dio cuenta de que había también otra razón, más solapada, inconfesable: Arturo identificaba al sargento con la seguridad, la solidez, es decir, la secreta filiación con la que todo huérfano asocia a determinadas personas: un padre. Lo resumió con una frase.

—Porque confío en usted, mi sargento.

Espinosa le miró duro, sin solemnizar demasiado su agradecimiento.

—¿Y usted por qué no se guardó toda la gloria en el Sslavianka? —inquirió Arturo a su vez.

—¿Le digo la verdad?

—Por favor.

—No había mucha gloria que guardar.

Acabó el cigarrillo con un par de profundas caladas y encendió otro con la punta del anterior.

—Oscurece rápido —dijo.

—Sí, mi sargento.

—Así que es usted de Extremadura, guripa.

—De Badajoz, mi sargento.

—Yo soy de Valencia. Tenemos el mismo sol.

—El mismo.

—¿Y usted qué cree?

—¿De qué?

—De todo esto.

—Que es cosa de algún loco.

—Aquí hay mucho de eso, aunque siempre es más fácil decir que estás loco y los demás que se jodan.

Arturo no supo interpretar la frase y, poniéndose la valija bajo un sobaco, palmeó los guantes para calentarse.

—En cuanto estudie los informes le diré más.

Siguieron observando unos instantes más a los prisioneros; entretanto, un grupo de soldados ociosos se fue apelotonando alrededor de los rusos, cumpliendo con el castizo talento patrio de aportar cien opiniones diferentes acerca de cómo manejar una escoba antes de ocurrírsele siquiera ponerse a barrer. Definitivamente,

nadie adivinaría la fiereza con la que combatían por cada centímetro de terreno. La escena pareció darle una idea a Espinosa.

—Yo tengo una manera de cazar a ese cabrón sin dar un palo al agua.

—Pues no se lo guarde, mi sargento.

—Sólo tenemos que volver al río y esperar.

—Me acabo de perder.

—¿No dicen que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen?

—No nos lo pondrá tan a huevo, mi sargento —se temió Arturo con una sonrisa.

—Bueno, entonces recemos, que buena falta nos hace.

—Sí. Y hemos de dar gracias porque podemos reducir el número de sospechosos. Ya no tendremos que investigar toda la Rodina.

—Sí, ahora sólo tendremos que investigar a toda la División —respondió Espinosa con una punta de acidez—. Aunque, si tenemos suerte, a lo mejor nos dan la Cruz de Hierro por esto.

—Con que no sea la de madera, me conformo.

El sargento sonrió, todo un espectáculo en su cara, aunque lo hiciera de la misma manera que puede bailar un lisiado.

Mientras, siguió anocheciendo.

Nubes titánicas. Apilándose unas sobre otras.

A gran altura.

Algo titiló finalmente en su interior.